

PREVIA y sinceramente debemos declarar que, por el conocimiento que tenemos del mundo, sobre todo en cuanto a la faceta de sus pretensiones científicas, literarias y culturales, sospechamos y hasta presentimos los prejuicios, en contra nuestra, naturalmente, de algunos espíritus dispuestos a rechazar, ya antes de abrirlo y sólo por la lectura de su título, este librejo escrito con escrúpulo, con honradez indiscutible y con modestas aspiraciones, pues probablemente su mayor valor, si alguno tiene, es de carácter bibliográfico, ya que la censura literaria, desde nuestro punto de vista, es decir, la revisión metódica de los índices expurgatorios, expedientes de examen de libros, polémica alrededor de este derecho y de esta práctica universal, en una u otra forma, y todas las demás fuentes ayudarán a los investigadores de la historia de la ciencia a descubrir la verdad apetecida, ampliar los conocimientos y hasta rectificar conductas en sentido de mayor prudencia.

Rodeados siempre nosotros de incontables libros, viejos y modernos, y de montañas de folletos, hojas y papeles de todas clases, entre los cuales hemos consumido y consumimos tranquilamente los años más provechosos de la existencia terrena, nos hemos acostumbrado a contemplar

sin prevención ni enojo, sin gestos ni extrañeza y hasta sin fruncir ligeramente el entrecejo, el curso torrencial y poco ordenado de las ideas, los esfuerzos a veces atrevidos, y hasta heroicos, para conquistar la flamante ciencia y poseer definitivamente la verdad absoluta, a cuya no posesión parece condenado el hombre desprovisto de la luz de la fe. Desde este remanso de paz, desde esta estratégica atalaya, se divisan muy bien las apasionadas luchas intelectuales, más enconadas y desconcertantes que las mismas guerras, y se contempla de un solo golpe de vista el panorama de la ininterrumpida e interminable pelea. Mezcladas con muchos errores, semiocultas por las impurezas de una visión defectuosa, pasan las verdades, penosamente descubiertas y no enteramente logradas, cual los preciados diamantes, arrastrados por la corriente irregular, envueltos de guijarros, arenas y sustancias extrañas. ¿No habría sido posible encauzar estas aguas del torrente del saber humano que, obrando a su capricho, no son siempre utilizables, sino perniciosas y causantes de grandes males muchas veces? ¿Serán justas las quejas contra las disposiciones legales y contra las medidas preventivas y represivas del poder, calificadas de vejatorias, en el caso de mayor moderación del lenguaje? Mucho nos tememos que estos espíritus rebeldes, eternamente descontentadizos y siempre inadaptados al medio ambiente, vivan en las regiones de la utopía, fuera de las realidades terrenas, visibles y tangibles, en que a la acción de cualquier clase sigue, sin hacerse esperar mucho, la reacción más viva, y en que al ataque sigue, naturalmente, la defensa.

No nos referimos en nuestro trabajo más que a la historia de la censura de los escritos tocantes a religión y

moral, literatura y ciencia, elevadamente, sin mezclarnos en política, por una razón muy poderosa y conveniente, por ser totalmente profanos en esta compleja y difícilísima ciencia, en la que muchos murmuradores se juzgan a sí mismos doctores, sin haber deletreado siquiera sus primeras páginas, no siendo en realidad una disciplina innata o infusa.

Amamos fervorosamente a España y las cosas españolas, nos inclinamos respetuosamente ante los demás pueblos que aman lo suyo con ilusión, y tenemos siempre presente que son diferentes el temperamento, el alma y la conciencia nacionales de unos y otros y que por esta razón piensan y se rigen de manera no siempre coincidente.

Con nuestro esfuerzo de ahora hemos querido dar a conocer al mundo cómo contribuyó España a la creación de la ciencia y al progreso universal, no de la manera directa, sobre la cual han discurrido plumas autorizadísimas, v. g., la de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, sino la indirecta o preservativa del error y defensora de la pureza científicoliteraria, contribución realizada por medio de la revisión, examen y alta vigilancia de toda actividad intelectual y de la circulación ordenada, racional, justa y prudente de las obras, libros y papeles, medidas justificadas por razones más poderosas que las que hacen necesarios el cuidado y la vigilancia que se ponen o se deben poner en la agricultura o en la hacienda pública, en la minería o en la industria de cualquier clase, cuyo desarrollo y circulación no pueden dejarse sin examen, protección y encauzamiento, a no tener instintos de suicidio colectivo, en uno y otro caso.

En todos los países han existido de hecho o de derecho estas precauciones de autodefensa, no obstante las máxi-

mas y prácticas generalizadas, privativas de una tradición y de algún régimen interior, también tradicional, a pesar de las apariencias, es decir, de las fórmulas, de las palabras blandas, *puño de acero dentro de guante blanco*, aunque no en todos ellos funcionan del mismo modo la imaginación y los nervios de los súbditos, por lo cual aplaudimos sin reserva las medidas de prudencia en todos, a los que reconocemos los mismos derechos que queremos que cada uno reconozca para nosotros y para los demás.

El bien o el mal producido por los escritos es transmisible, duradero y fecundo, y por lo tanto la publicidad equivale a una siembra, de la cual no se podrán esperar frutos distintos de la naturaleza de las semillas depositadas. Esto deberán tener presente los escritores, sin otra mira, pues mientras el efecto, bueno o malo, de su labor y siembra espiritual se podrá transmitir indefinidamente, su ilusión y su fama, la gloria y el provecho que cada uno pensó obtener, se esfumarán muy pronto para no quedar de todas estas cosas sino, a lo más, un vago recuerdo del autor y de las obras, hasta el extremo de que para conocer imperfectamente e identificar hoy nombres de personas y de libros que en su tiempo se creerían inmortales, es ahora necesario muchas veces el auxilio de los mejores repertorios bibliográficos; en el caso más favorable para los autores en general, se verán en los estantes de las grandes bibliotecas, ordenados, polvorientos y silenciosos, muchos libros, cuyos dorados títulos estampados en los tejuelos hablarán al curioso transeúnte como hablan las lápidas funerarias al que las mira con indiferencia y desconocimiento. ¡Y pensar que un librejo cualquiera es hijo de muchas ilusiones y parto de no pequeños esfuerzos! ¿En qué, pues, fundaban su orgullo y su rebeldía los auto-

res de obras que no quisieron someter su juicio a ningún poder espiritual o temporal, aun a sabiendas de que en definitiva se trataba del bien común y de la salvación de los pueblos? Pues es cierto que las multitudes piensan y sienten con cerebro y con corazón prestados. Ignorantes y doctos, en otra especialidad, como ahora se dice, han de aceptar, sin examen, lo que otros les dan como verdadero, bueno y justo; de otra manera la Humanidad estaría condenada al autodidactismo, que es lo mismo que a perpetua infancia; en los libros, frutos maduros de la paciente y honrada labor de los superdotados, confían unos y otros, sabios e ignorantes, que toman poco menos que como dogma de fe lo dicho en letras de molde, ¡tal es la inclinación humana a admitir, derecha o torcidamente, el principio de autoridad!

Quienes pretenden ser maestros de los demás, ¿por qué han de rechazar, a su vez, el magisterio, o por lo menos la experiencia, la revisión, la vigilancia, los consejos, las observaciones, etc., de otros debidamente autorizados?

En los expurgatorios españoles se hacen aclaraciones justas, observaciones paternales y amistosas, que incluso son beneficiosas para la corrección de la expresión y belleza del estilo, haciéndose constar en sus reglas que el autor debe ser oído antes de que se le incluya en el catálogo; no quieren los calificadores que se pierda ningún valor intelectual, y a este fin se encaminan sus deliberaciones en las juntas, a veces bastante movidas, que se celebraban periódica y extraordinariamente. Como prueba de nuestro aserto, citaremos a uno de nuestros más insignes y desenfadados escritores, D. Francisco de Quevedo y Villegas, que se presentó espontáneamente ante la junta reunida para

hacer uno de estos catálogos o índices, declarando qué libros y qué ediciones eran suyos y cuáles atribuidos a él indebidamente.

Con serenidad y desinterés cristianos y por alto y verdadero aprecio de todos los lectores, aun de los más apartados de nuestra fe y criterio y más prevenidos en contra de este trabajo, aconsejamos sinceramente la lectura de él, con detenimiento comprensivo—pues la materia es tan interesante que obliga a reflexionar también a todos—y hasta los eruditos y sabios más versados en la historia razonada del humano saber, recogido, naturalmente, en gran parte en los libros, encontrarán en él útiles noticias y documentos sugestivos y además la indicación o señalamiento de fuentes abundosas, de donde podrán obtener los materiales necesarios quienes en lo sucesivo intenten realizar una obra de mayor profundidad y de más altos vuelos que ésta, modestísima, que ahora ingenua y generosamente les ofrecemos.

Ni por la forma, ni por el fondo debidos a nuestra pluma y honrado esfuerzo investigador, esperamos recoger muchos aplausos—que mayormente no nos interesan, aunque, por otra parte, siempre merezcan éstos grande aprecio—habiéndonos propuesto solamente dar satisfacción a un íntimo y puro anhelo, es decir, loar a Dios, exponiendo la vigilantísima y maternal prudencia de su Iglesia, cuando dirige el pensar de los fieles, servir a la Patria en este menester, con todo el acendrado cariño de que es capaz un buen hijo y, finalmente, buscar y procurar el bien del prójimo, consumiendo en obsequio y provecho suyo la débil lucecita del talento que nos cupo en suerte, para que al lado de otras más intensas sirva de guía en el difícil camino de la investigación humana de la verdad, que también es única

para todos. Y como no nos creemos infalibles, pero sí bien intencionados, nos sometemos a la censura, previa y no previa de los poderes espirituales y temporales y a la crítica positiva de los lectores; todo lo demás, ¿para qué sirve?